

FERVOR Y APOTEOSIS DEL “CANTO A LA ARGENTINA” EN SU CENTENARIO

Jorge Eduardo Arellano

El Canto a la Argentina, donde dice el poeta su visión ardiente de alucinado ante el presente y el futuro de la república Argentina que... sangre universal/ absorbe para dar vida al orbe entero... añade al principado lírico de Rubén Darío el título de poeta civil.

Alexandre Plana, *La Vanguardia*.
Barcelona, 21 de enero, 1915.

EL MÁS alto y apoteósico homenaje en verso que se le ha tributado a la patria de San Martín, Sarmiento y Mitre, entre otros próceres civilizadores, es el “Canto a la Argentina” de Rubén Darío, escrito en París a partir de diciembre, 1909 y concluido, a lo sumo, en abril de 1910.

Publicado en un libro especial el 25 de mayo de ese año, le produjo a su autor la mayor retribución económica otorgada en su vida: ¡diez mil francos! Una suma superior a la que había recibido cualquiera de sus libros; más aún, superior a la que había logrado obtener con todos sus libros juntos.

Por algo, aparte de Nicaragua, Argentina fue el país de América donde Rubén vivió más tiempo. Cinco años, tres meses y veinticinco días: del 13 de agosto de 1893 al 8 de diciembre de 1898; lapso durante el cual encabezó el movimiento modernista y editó sus dos libros renovadores: *Los raros* y *Prosas profanas*; posteriormente seis días: del 19 al 24 de agosto de 1906, a raíz

de su participación en el Congreso Panamericano de Río de Janeiro; y seis años después, más de cuatro meses: entre el 8 de agosto y mediados de diciembre de 1912, en gira de la revista *Mundial*.

Tanto se integró Darío a la vida artística de Buenos Aires y amó intensamente a la Argentina, que este país fue llamado por él su *patria intelectual* primero y luego su *segunda patria de encanto*. Pero —lo más importante— es que, de acuerdo con su ideología de la latinidad, veía en Argentina —junto con Brasil y Chile— un posible muro de contención frente al expansionismo imperial del Norte. Así, en 1897, aseguró en su prosema “A la Argentina”: *Has podido oponer al águila yanqui el cóndor*.

Su pre-texto

Se trata de una oda en prosa, muchísimo más breve que el “Canto”, del cual constituye su pre-texto paralelo. Escrita trece años antes, anticipa el contenido de aquél. Por ello vale la pena difundirla:

Corazón de América y brazo del futuro americano.

Dueña del sol de mayo.

Madre de luchadores, patria de corazones.

Tierra en que germinan semillas de porvenir.

Pampa inmensa donde el sol se expande y los rebaños, el trigo, el avestruz y el potro tienen existencia.

Matrona de bronce, que tuviste por sangre y hierro tu libertad.

Fecunda y misteriosa protectora de las razas del mundo, que pones en cada una de ellas tu germen autóctono.

Comodora de la bandera blanca y azul, que en la escuadra de América presentas tu sol delante de todas las estrellas

Gloria y amor a ti, ¡oh Argentina patria!

Un galope de pegasos nuevos, anunciando triunfos, nació de las naciones latinas, y tus hombres de obra trabajan en siembras de ciudades y de ideas.

Has tenido el talismán que ha ahuyentado la guerra. Has podido oponer al águila yanqui el cóndor.

Y tu bella sangre, ¡oh Argentina!, comunica su ritmo al vibrar de todo el Continente.

La estatua de la Libertad está levantada delante de la ciclópea Nueva York; el simulacro de la vida futura de la América Latina debe levantarse, triunfante, delante de Buenos Aires.

Como en el crisol el oro, en ti se purifican la sangre y los pensamientos de todos los pueblos.

Como en la pampa el potro, en tu cielo vuela libre el pegaso.

Y la ciudad de los sueños que vienen será Buenos Aires.

Tal lo esperan los hijos de la Visión; tal lo aguardan los ausentes de la Esperanza; tal lo miran los ciudadanos y los obreros de la Atlántida.

Gloria por los colores de tu pabellón.

Gloria por la fuerza de tu historia y por San Martín, Belgrano y Moreno.

Amor a ti, nación de las naciones de América.

Amor a ti, porque eres nuestra abanderada continental.

Porque en ti alienta la santa vitalidad latina.

Y porque en tus palpitaciones, ¡oh corazón de América! Yo creo escuchar la música del universo futuro (en Darío, IV, 1955: 450-452).

Contexto histórico

“En la balanza que forma el continente americano, es la República Argentina la que hace el contrapeso a la pujanza yanqui, la que salvará el espíritu de la raza y pondrá coto a más que probables y aprobadas tentativas imperialistas” —escribió asimismo en París, julio de 1911. “Por eso —añadía— el mundo fija la mirada en ese gran país del Sur, de apenas siete millones de habitantes, que rivalizará en más de una empresa agraria, pecuniaria o financiera con el otro gran país del Norte cuya población pasa de ochenta millones” (Darío, 1997: 31). He aquí, en esencia, la convicción que animó al nicaragüense universal para elaborar su “Canto a la Argentina” un año antes.

Y añadía Darío, definiendo y resumiendo la historia de los argentinos: “Pueblo formado con savia española, que heredara todas las cualidades y defectos de los conquistadores, con agregación de nuevos elementos, inició su independencia con hechos épicos, sufrió las consecuentes agitaciones y revueltas en un estado de ensayo; soportó los soplos del pampero anárquico y se desangró en choques intestinos; supo lo que pesa el plomo y el hiezo de las tiranías, se revolvió contra ellas; fue poco a poco iluminando su propia alma, el alma popular y enseñó a Demos la verdadera diferencia entre la civilización y la barbarie; cuida de la escuela y la universidad; propaga la cultura y progreso; levanta y da brillo a la organización parlamentaria; ve que en el seno de la tierra está la mayor de las riquezas” (Darío, 1997: 31-32).

Y prosigue Rubén trazando, panorámicamente, el auge que la república Argentina había protagonizado de 1880 a 1910, es decir, durante el período que corresponde en América Latina la implantación del modo de producción capitalista en escala continental: “Se preocupa de las cuestiones económicas que son las cuestiones vitales; por la eliminación o por cruzamiento comienza la formación de una raza flamante; recibe sangre viva y músculo útil de los cuatros puntos del globo; echa al olvido el daño español del pronunciamiento y el mal hispanoamericano de la revolución; crece, se hace fuerte al amparo de una política de engrandecimiento económico, hace que las grandes potencias la miren con simpatía, y celebra su primera fiesta secular con el asombro aprobador de todas las naciones de la tierra” (Darío, 1997: 32).

El centenario de la independencia

Tal era “la nueva y gloriosa Nación”, cantada por el himno de los argentinos, que propiciaría el primer centenario de su independencia el 25 de mayo de 1910. El ambiente era de regocijo: se enaltecían —al decir de Mireya Camurati— “no solo las glorias pasadas, sino la prosperidad y enorme desarrollo del presente” (Camurati, enero-junio, 1989: 104). Si bien luego se calificarán estas actitudes como “las ilusiones del centenario”,

la imagen era válida. Al respecto, señaló un historiador contemporáneo: “Aunque como país periférico y dependiente, la Argentina crecía. Aumentaban las cifras de sus exportaciones agropecuarias, así como la extensión de sus vías férreas; se secularizaban las instituciones, y el capital extranjero, después de la crisis de 1890, volvía a mostrarse confiado en el orden de la república oligárquica” (Halperin Donghi, 1969: 214-215).

Entonces *La Nación*, el gran diario porteño y representante de esa *república oligárquica* (lo había fundado Bartolomé Mitre, en 1870, presidente de la república entre 1862 y 1868), decidió consagrar al acontecimiento un volumen de lujo que obsequiaría a sus miles de suscriptores. Y en ese volumen —por cierto, de 336 páginas, de 46 cm de alto por 31 de ancho, encuadernado en tela y con decoración estampada— insertaría dos composiciones laudatorias, solicitadas oportunamente: una a Darío y otra a Leopoldo Lugones (1874-1939), el mayor de los poetas modernistas de Argentina. De ahí que aparecieran el propio 25 de mayo “Canto a la Argentina” del primero y “A los ganados y las mieses” del segundo; el poema más extenso de los que integran sus *Odas seculares*.

El más extenso poema dariano

También el *Canto* fue el más extenso poema dariano: ¡mil y un versos! “¿Casualidad?” —se pregunta Julio Saavedra Molina. Y contesta: “Cosa buscada quizá por el interventor del *miliunichesco* vocablo” (Saavedra Molina, 1945: 54). En efecto, su original autógrafo a lápiz de grafito —conservado en el Archivo del Escritor de la Biblioteca Nacional de Chile, en Santiago— contiene un número en el margen izquierdo de sus 86 páginas cada diez versos. Esto confirma la sospecha del dariísta chileno, quien identifica su métrica predominante: el heptasílabo (verso de siete sílabas) combinado con el tredecasílabo (de 13), el decasílabo (de 10) y el enecasílabo (de 9). Los 1,001 versos se agrupan en 31 estrofas, cuya extensión varía de 8 a 76 versos.

Otro dariísta, el argentino Arturo Marasso, señala los textos antecesores del canto en nuestra América y su modelo europeo

sugeridor: “Darío volvió al viejo tema de las odas de [Andrés] Bello (1781-1865), [José Joaquín] Olmedo (1780-1847) y [Olegario V.] Andrade (1839-1882). Pero este tema del ‘canto a’ había sido renovado en la poesía moderna con los magníficos *Laudi* de [Gabriel] D’Anunzio”. Los *Laudi* —especifica Marasso— “sugieren a Darío la amplitud de la oda, el arrebató lírico y la modulación, el tono que se eleva entre el rumor de las mil voces que entonan el Himno argentino” (Marasso, 1934: 301). Precisamente, el *Canto* se inicia con una invocación tres veces repetida, ¡Argentina! ¡Argentina! ¡Argentina! que concluye, en su primera estrofa, invocando el primer verso de dicho himno: ...*Oíd mortales, oíd el grito sagrado* (vv. 7-8). Y el bloque multifacético que sigue se cierra con el triple pregón del mismo himno: ¡Libertad! ¡Libertad! ¡Libertad!

En el prolongado y minucioso intermedio, como una vasta sinfonía, Darío despliega sus profundas motivaciones anímicas ante una idea cardinal: la Argentina como tierra de promisión (*¡Oh, tierra abierta al sediento / de libertad y de vida!*). Óigase como aprovecha, de inmediato, este vibrante *oíd*:

*Oíd el grito que va por la floresta
de mástiles que cubre el ancho estuario,
e invade el mar; sobre la enorme fiesta
de las fábricas trémulas de vida;
sobre las torres de la urbe henchida;
sobre el extraordinario
tumulto de metales y de lumbres
activos; sobre el cósmico portentoso
de obra y de pensamiento
que arde en las políglotas muchedumbres;
sobre el construir, sobre el bregar, sobre el soñar;
sobre la blanca sierra,
sobre la extensa tierra,
sobre la vasta mar.*

Con una euforia vital, la exalta: *He aquí la región del Dorado, / he aquí el paraíso terrestre / he aquí la ventura esperada, / he aquí el Vellocoino de Oro, / he aquí Canaán la*

preñada, / la Atlántica resucitada, / he aquí los campos del Toro / y del Becerro simbólicos; / he aquí el existir que en sueños / miraron los melancólicos, / los clamorosos, los dolientes, / los poetas y visionarios / que en sus olimpos y calvarios / amaron a todas las gentes.

¿*Los campos del Toro*? Correcto: la aplicación no solo en verso sino en prosa de un mito persa a la patria argentina. En su ensayo sobre el escultor porteño Rogelio Irurtia, Darío había recurrido al mito de Mithra que propagaron los legionarios romanos a través de la Europa Occidental, desde los tiempos de César, para explicarse el fecundo país de las pampas. Allí, abolida la barbarie con la ejecución del Toro brutal por Mithra —quien se elevó a las esferas celestes con el nombre de Silvana— se cultivó la tierra, se protegieron los ganados, se fundaron ciudades —anotó en el ensayo referido— “en que se congregan los traficantes, los ricos, los artistas, los pensadores” (Darío, 1990: 243).

Función apoteósica

Como las anteriores, las alusiones culturales son numerosas y cumplen su función apoteósica. De hecho, en palabras de Marasso, el *Canto* “es poema de vate y de pensador, de hombre universal y americano, concebido como un conglomerado de yuxtaposiciones. Abunda en descripciones enumerativas, en erudición mitológica, geográfica y étnica, política y económica, patriótica y pedagógica, social y moral, doctrinaria y visionaria” (Marasso, 1943: 301). La *Biblia* figura entre sus fuentes y también los clásicos latinos (Virgilio, Horacio, Ovidio) e incluso un argentino: Rafael Obligado (1851-1920), autor de *Santos Vega*, donde evoca el 25 de mayo de 1810, cuando Buenos Aires lideró el movimiento revolucionario.

Darío alude a tales hechos en la estrofa siguiente: *Héroes de la guerra gaucha, / lanceros, infantes, soldados / todos, héroes mil consagrados, / centauros de fábula cierta, / sacrificados del terruño, / granaderos el rayo al puño, / locos de gloria...* (vv. 453-459). Y recuerda a José de San Martín, sin nombrarlo, en su

silenciosa vejez: ¡Y gloria! ¡Gloria a los patricios, / bordeadores de precipicios / y escaladores de montañas, / como el abuelo secular / que, fatigado de triunfar / y cansado de padecer, / se fue a morir de cara al mar / lejos, allá en Boulogne-sur-Mer (vv. 441-452). Igualmente, le dedica a Hipólito Bauchard —subalterno de San Martín que realizó, al mando de la fragata *La Argentina*, una notable campaña de corso contra los absolutistas españoles— estos cinco versos:

*Recordad al nauta que vino
de Saint-Tropez, a Bouchardo,
el capitán franco-argentino,
hábil bajo las marejadas,
bajo las tormentas ufano*
(vv. 703-707)

En suma, el *Canto* conforma la imagen de Argentina como tierra de paz y prosperidad, abierta a los inmigrantes (*ciudadanos del orbe todo*) y que se levantaba ya como nación del porvenir. De ahí que se refiera a rusos (*hombres de las nieves del zar*), judíos (*mocetones de ruda estampa, / dulces Rebecas de ojos francos, / rubenes de largas guedejas, / patriarcas de cabellos blancos*), italianos (*hijos de la tierra del milagro partenoveo*), suizos, franceses y españoles, entre los cuales destaca a los *finos andaluces sonoros, / amantes de zambras y toros, / astures que entre peñascos, / aprendisteis a amar la augusta / Libertad, elásticos vascos / como hechos de antiguas raíces, / raza heroica, raza robusta, / rudos brazos y altas cervices, / hijos de Castilla la noble / rica de hazañas ancestrales; / firmes gallegos de roble; / catalanes y levantinos / que heredasteis los inmortales / fuegos de hogares latinos*.

Desfilan luego la Pampa feraz (*estepa sin nieve, entraña robusta, / mina de oro supremo*) y el gaucho de broncina faz; Buenos Aires (*Metrópoli reina, la fecunda, la copiosa, / la bizarra, grande entre grandes*, a la que denomina íntimamente *amada ciudad*); y el Río de la Plata (*Padre extraordinario, más que del Tiber y del Sena, / más que del Támesis rubio, / más que del azul Danubio / y que del Ganges indiano, / es el misterioso*

hermano / del Tigris y Éufrates bíblicos, / pues junto a él han de surgir / los adanes del porvenir. El sol tutelar “desde la enseña argentina”, la mujer, la hermandad continental constituyen, entre otros, subtemas que merecen ejemplificarse, al igual que reminiscencias de poemas anteriores del autor, como la célebre y celebrada “Marcha triunfal”, escrita en la isla Martín García —a la entrada del Río de La Plata— en mayo de 1895:

*Sonad, oh claros clarines,
sonad tambores guerreros,
en el milagroso escenario;
los nombres de los paladines*

La mujer argentina, *con savia diversas creadas*, no podía faltar en este poema vigoroso, optimista, totalizador: *Talle de valeses de Viena, / ojo morisco es de España, / crespas y espesas pestañas / es de latina sirena; / de Britania será esa piel / cual la de la pulpa del lis / y que se sonrosa en el / rostro angélico de la miss; / esa ondulante elegancia / es de la estelar París, / y esa luminosa fragancia / de las extrañas del país. / Concentración de hechizos varios, / mezcla de esencias y vigores, / nórdico oro, mármoles varios / algo de la perla y el lirio, / música plástica, visión / del más encantador martirio, / voluptuosidad, ilusión, / placidez que todo mitiga / o pasión que todo lo arroja, / leona amante o dulce enemiga, / tal la triunfante Venus criolla.*

Compás moderno y anhelo personal

El crítico español Guillermo Díaz Plaja advirtió que en el *Canto* “todo —tema y verso— tiene un compás acelerado de modernidad” (citado en Pantorba, 1967: 321). En efecto, compruébese esta modernidad en la enumeración caótica con que Darío describe la urbe bonaerense, emparentándose a Walt Whitman: *Tráfgagos, fuerzas urbanas, / trajín de hierro y fragores, / veloz, acerado hipogrifo, / rosales eléctricos, flores / miliunanochescas, pompas / babilónicas, timbres, trompas, / paso de ruedas y yuntas, / voz de domésticos pianos, / hondos rumores humanos, / clamor de voces conjuntas, / pregón, llamado, todo vibra, / pulsación de una intensa fibra, / sensación de un*

foco vital, / como el latir del corazón / o como la respiración del —pecho de la capital (vv. 377-392). Se trata, como lo ha señalado Julio Valle-Castillo, del esbozo inaugural de la épica urbana en lengua española (Valle-Castillo, julio-septiembre, 2004: 41).

Casi al final del poema, sin embargo, desaparece el vate, el aeda, tomando su lugar el hombre para exclamar:

*¡Y yo, por fin, que he de decirte,
en voto cordial, Argentina!*
(vv. 971-972)

Ahora esta nación (*Aurora de América*), *heroica y guerrera* en el pasado, *hospitalaria y maternal* en el presente, será en el futuro *inexhausta mina*, con sus *inacabables rebaños* para *que los pueblos extraños / coman el pan de tu harina*. Surge, entonces, su deseo —digamos mejor anhelo— personal:

*¡Cómalo yo en postreros años
de mi carrera peregrina,
sintiendo las brisas del Plata!*
(vv. 978-980)

Finalmente, cabe transcribir esta justa valoración del crítico argentino Enrique Anderson Imbert, a quien no se le escapa obviamente “la gratitud o la lisonja al país amigo y, sobre todo, una fina lluvia de imágenes líricas que va calando hasta los huesos a todos los temas transeúntes”, advirtiendo que es “la voz íntima de Darío, asordinada, pero no acallada por el gran vozarrón declamatorio de orador de centenario, lo que el lector de poesía salva. Las olas, como de mar, que se sacuden en el poema vienen a cantar a la Argentina... pero esas olas cantan en realidad los grandes temas optimistas: la humanidad, la paz, el progreso, el trabajo, la utopía” (Anderson Imbert, 1961: 200).

Una positiva proeza verbal y poética

Pese a su desmesura, tópicos inevitables y versos de escaso vuelo, el “Canto a la Argentina” resultó una definitiva proeza

verbal y poética. Sus lectores de hace cien años se sintieron plenamente identificados con el poeta. Hoy, por las circunstancias históricas que se han padecido, el *Canto* solo puede considerarse una ilusoria reliquia épico-lírica.



Canto a la Argentina y otros poemas.
Bibliotecas Corona, Madrid, 1914.

BIBLIOGRAFÍA

- ANDERSON IMBERT, Enrique: "Rubén Darío, poeta", en *Crítica interna*. Madrid, Taurus, 1961, pp. 163-209.
- CAMURATI, Mireya: "Dos cantos al centenario en el marco histórico social del Modernismo en Argentina", en *Revista Iberoamericana*, núm. 146-147, enero-junio, 1989, pp. 103-127.
- DARÍO, Rubén: "A la Argentina", en *Obras completas*. Tomo IV. Madrid, Afrodísio y Aguado, 1955, pp. 450-452; originalmente publicado, con el título de "Oda a la República Argentina", en *La Nación*, Buenos Aires, 10 de julio, 1897, p. 6, col. 4
- _____ : "Canto a la Argentina", en *La Nación 1810-25 de mayo, 1910*, Buenos Aires, pp. 90-92.
- _____ : "El escultor argentino Yrurtia", en *Opiniones*. Prólogo: Fidel Coloma. Managua, Nueva Nicaragua, 1990, pp. 231-244.
- _____ : *Las repúblicas hispanoamericanas*. Edición y estudio de Pedro Luis Barcia. Buenos Aires, Embajada de Nicaragua, 1997.
- HALPERIN DONGHI, Tulio: *Historia contemporánea de América Latina*. Madrid, Alianza, 1969.
- JORGE, Zulema Inés: "El Canto a la Argentina", en *Rubén Darío*. (Estudios reunidos en conmemoración del Centenario 1867-1967). Universidad Nacional de La Plata, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, 1968, pp. 291-297.
- MARASSO, Arturo: *Rubén Darío y su creación poética*. La Plata, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad de La Plata, 1934.

PANTORBA, Bernardino de: *La vida y el verbo de Rubén Darío*. Madrid, Compañía Bibliográfica Española, 1967.

PLANA, Alejandro: “Rubén Darío, *Canto a la Argentina y otros poemas*”, en *La Vanguardia*, Barcelona, 21 de enero, 1915; rescatado en *Cuadernos Hispanoamericanos*, núm. 622, abril, 2002, pp. 79-83.

SAAVEDRA MOLINA, Julio: *Bibliografía de Rubén Darío*. Santiago de Chile, Edición conmemorativa de la “Revista Chilena de Historia y Geografía”, 1945.

VALLE-CASTILLO, Julio: “Rubén Darío y su otra trilogía”, en *Boletín Nicaragüense de Bibliografía y Documentación*, núm. 124, julio-septiembre, 2004, pp. 27-42.



Darío en París (1910).